

Introducción

La sabiduría muerta-viva

Alguna vez Freud dijo que el amor y la muerte marcan la fuerza que moviliza la existencia humana. Habiéndonos enamorado de los muertos-vivos de *Crepúsculo*, bien podríamos decir lo mismo acerca de esta historia de vampiros. Los libros de *Crepúsculo* enfrentan el amor, la muerte, y mucho más, de un modo que facilita un extraño reconocimiento: que los muertos son realmente sabios, y que en ocasiones son sabios en los asuntos del corazón, incluso cuando ese corazón no lata. La extraña belleza de *Crepúsculo* se encuentra aquí, como en todas partes: todos nos enfrentamos a la muerte y todos deseamos ser amados. Estos dos hechos –uno muy desagradable, otro muy agradable– son evidentes en *Crepúsculo*. Esto lo vuelve una gran lectura, y como veremos pronto, también ofrece grandes oportunidades filosóficas.

La muerte está en todas partes. Entre dos sílabas, esperando estrangular tu último aliento. Es una fuerza como ninguna otra: ineludible, inefable, y absoluta, al menos para los simples mortales. La muerte cautiva. Persigue. La idea de que de algún modo la muerte no nos domina, encanta la mente hasta que nos encontramos llevados una y otra vez hacia la esperanza de poder escapar a nuestro destino, convirtiéndonos en vampiros inmortales, o encontrando una vida después de la vida, o con una “cura” científica para la muerte. Hay poco más potente que el pensamiento de la muerte, y probablemente poco hay que nos motive de la misma forma en que lo hace nuestra mortalidad.

Excepto, tal vez, el amor. El filósofo existencialista Albert Camus (1913-1960) dijo una vez que la única pregunta filosófica

real era si frente a lo absurdo del mundo valía la pena seguir o no con vida. El escritor Tom Robbins cree que uno sólo puede responder a esta pregunta con una aún más básica: ¿Somos capaces de amar? Porque el amor, sugiere Robbins, es la única cosa que hace que la vida valga la pena. El amor nos permite ver cosas que nunca podríamos ver sin él. Da forma a nuestras percepciones del mundo y nos permite estar abiertos a experiencias profundas, significativas. Puede cambiar la monótona y pequeña ciudad de Washington en un mundo de maravillas.

En el mundo de *Crepúsculo*, la muerte no es inevitable, y la forma más pura del amor parece haber sido hallada. Un mundo así no sólo permite una exploración de la condición humana, enfrentarse a los temores más profundos y oscuros y a las esperanzas más excelsas, sino que también exige la exploración de la naturaleza humana, y para esa exploración no hay mejor acompañamiento que la filosofía. La saga *Crepúsculo* está repleta de amor y muerte, así como una serie de otros temas fundamentales para nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo que habitamos. Las cuestiones filosóficas impregnan las páginas de los libros de *Crepúsculo*.

Bella y Edward son un espejo de nuestros más grandes temores y esperanzas, de todo lo que puede ir bien y todo lo que puede salir mal en nuestras vidas. Son un amparo para nuestra condición humana, para nuestra reflexión y exploración.

Tal vez sorprendentemente, tenemos mucho que aprender sobre los muertos-vivos así como de la forma en que se vinculan con los vivos, sobre nosotros mismos, nuestras experiencias y nuestras relaciones con otras personas. Este libro pretende colaborar con eso, haciendo preguntas como: ¿Cuál es la naturaleza del amor? ¿Es la muerte algo que temer? ¿Cómo deben reaccionar las feministas con Bella Swan? ¿Existe la obligación moral de ser vegetarianos? ¿Qué se siente al experimentar el mundo

14

siendo un vampiro? ¿Qué significa ser una persona? ¿Qué tan libres somos?

Forks, en Washington, es una ciudad pequeña, lamentablemente las mentes pueden ser lugares muy pequeños también.

Pero la filosofía tiene una manera de abrir ambos a la vez: nos permite ver lo que no hubiéramos visto antes y nos permite explorar temas que de otra manera no se nos ocurriría estudiar. Sólo la literatura rivaliza con la filosofía en esta capacidad, por lo que nuestro examen de la saga *Crepúsculo* es el lugar perfecto para reunir ambas disciplinas.

Así que si eres un fan de Edward Cullen o Jacob Black, si crees que Bella es una romántica o una tonta, o si eres carnívoro o una tonta, o si eres carnívoro o vegetariano, ¡sigue leyendo!

Primera parte: Crepúsculo

Te ves tan bien que te
comería: amor, locura y la
analogía gastronómica
George A. Dunn

Hay siempre un poco de locura en el amor.
Pero también siempre hay un poco de razón en la locura.
Friedrich Nietzsche

Edward Cullen está condenado. La nueva chica sentada a su lado en la clase de biología se ve y –para colmo– huele demasiado buena como para comerla. De hecho, en el casi un siglo que ha pasado acechando la Tierra, Edward nunca antes había inhalado un aroma tan embriagador. Sus fosas nasales, en su delirio, han tomado de rehén al resto de su cerebro. Su salud mental está camino a convertirse en un vago recuerdo, junto con toda esa autocontención que como un caballero ha trabajado mucho y muy duro para cultivar. En lo único que puede pensar es en lo que le gustaría hacer con esta chica cuando estén a solas (y cómo puede hacer para que eso suceda). Cegado y sorprendido por ese súbito aumento de apetito, él es capaz de recuperar el control de sí mismo como para salir y conducir hasta Alaska, donde un par de días de aire fresco de montaña hacen el trabajo de una larga ducha fría, dejándolo sobrio y relajado.

1 *Also sprach Zarathustra: a book for all and for nobody*, Graham Parkes (trad.), Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 36.

19

La filosofía requiere una dedicación sin miedo a la verdad, así que seremos completamente honestos unos con otros desde el principio: ¿Quién de nosotros no recuerda haber tenido esta experiencia? No es que tus planes para con ese delicioso pastelito sentado a tu lado en clase de biología (o de lo que sea) eran exactamente los mismos que los de Edward. ¡Dios no lo permita! Pero no hay entre nosotros un alma que no haya tenido al menos alguna apreciación de lo que este pobre hombre está pasando. ¿Quién no se ha sentido emboscado por un deseo que golpea con tal fuerza que resulta casi imposible ocultar su presencia, y mucho más resistirse a ser tironeado en cualquier dirección? Protesta todo lo que quieras, pero creo que sabes exactamente de lo que estoy hablando. Si insistes en negar que jamás has recibido la tonta bofetada de una súbita oleada de deseo, entonces lo más amable que puedo decir es que probablemente no eres un candidato muy prometedor para el estudio de la filosofía. Al menos, no para el filósofo griego Platón (428-348 a. C.), a quien presentaremos en breve.

“Perdón por la analogía gastronómica”
¿Qué te gusta?

A primera vista, la experiencia de Edward parece ser algo completamente único para los miembros de su especie, ya que es el olor de la sangre de Bella Swan lo que despierta su nada figurativo deseo de consumirla. “Perdón por la analogía gastronómica”, le dice a Bella cuando, en un torpe intento de explicar su comportamiento grosero hacia ella el día en que se conocieron, termina por compararla con un helado². Por supuesto,

²Meyer, Stephenie (2005), *Twilight*, Nueva York, Little, Brown and Company, p. 267. Hay traducción al castellano: Meyer, Stephenie (2006), *Crepúsculo*, Buenos Aires, Alfaguara. [N. de la T.]

20

para la mayoría de nosotros esto realmente no sería más que una analogía. La delicia que está sentada junto a uno en la clase no es realmente un pastelito, y probablemente no queremos darle, *literalmente*, un mordisco. Pero hay una cosa un poco ingenua acerca de Edward cuando llama a su referencia gastronómica “una analogía”, dado que él realmente quería comer a Bella.

La experiencia de Edward no es algo totalmente extraño para nosotros, porque los deseos eróticos y románticos realmente parecen compartir algo en común con el hambre. ¿Y quién puede dudar de que esta analogía gastronómica –la forma en que un vampiro se alimenta de su víctima puede servir como una metáfora de una conquista amorosa– representa una parte considerable del erotismo de una ficción de vampiros? ¿Qué otra cosa podría ser? No hay nada inherentemente sexy en tener cientos de años (o incluso la más tierna edad de Edward de sólo ciento dieciocho años) y la temperatura corporal de un cadáver.

Pero hay algo innegablemente erótico e íntimo en la forma en que un vampiro se alimenta, por no mencionar el seductor magnetismo animal que emana, a través del cual y sin ningún esfuerzo encanta a las víctimas hasta que renuncian a su voluntad y dejan al descubierto sus gargantas. Por supuesto, en la saga *Crepúsculo*, es Bella quien trata permanentemente de desgastar la firme resistencia de Edward. Pero el chico Cullen es un chupasangre peculiarmente honorable.

En cualquier caso, no puede ser un accidente que el lenguaje de los alimentos ofrezca un almacén tan surtido de metáforas felices para describir nuestra experiencia en un terreno tan aparentemente distinto como el del sexo y el romance. Sin duda, este hecho es debido en parte a que comer es uno de los placeres más intensamente sensuales de la vida. Nos deleitamos en la apariencia, aroma y sabor de nuestra comida. Nuestros músculos participan en las agradables y sensuales actividades

de morder, masticar y tragar cada bocado sabroso. Una vez que hemos reducido nuestros alimentos a pulpa y la empujamos hacia el esófago, el estómago satisfecho nos devuelve el favor irradiando a través de un impulso del cerebro una sensación de profunda satisfacción hacia el resto del cuerpo. Cada paso del proceso tiene su propia forma distintiva de placer, por lo que es una buena razón para que comer, junto con beber, estén tan estrechamente relacionados con la alegría. Para los recién nacidos, tanto humanos como vampiros, el placer sensual de la alimentación ofrece las primeras experiencias de satisfacción, y asegurarse un lugar para comer se vuelve uno de los paradigmas principales de profunda alegría carnal. Y por una feliz coincidencia, el comer es también la actividad principal por la cual se mantiene el alegre pulso de la vitalidad de la vida. Comemos en obediencia a los mandatos de la Naturaleza, y ella recompensa nuestra obediencia haciendo del comer un auténtico placer.

Nuestro apetito sexual también funciona así; satisfacer a la Naturaleza es nuestro deleite. Tanto en el hambre como en el deseo erótico, la fuerza de la biología encuentra un poderoso aliado en la tentación del placer.

Por supuesto, la analogía no es perfecta. La actividad de comer acaba destruyendo el objeto del disfrute, o al menos pone fin a su existencia como una entidad independiente mediante su transformación en parte de nuestra propia carne. Los amantes, en cambio, nunca se convierten literalmente en una sola carne, aun cuando se aferren muy bien uno al otro. Sin embargo, el mundo está lleno de amantes rapaces, que explotan a los demás igual que el resto de nosotros tragamos nuestra comida, mostrando poco respeto por el bienestar de los otros, como el león con el cordero.

Pero incluso si consideramos el caballeresco ejemplo de Edward –el león que se enamoró de la oveja– reconociendo que

la amada tiene necesidades e intereses propios que establecen un límite a cuán lejos es posible llegar para complacer los propios deseos, sigue siendo cierto que toda forma de placer sensual se asemeja en algo a los placeres del comer³. Disfrutar es siempre una cuestión de “empaparse” o ser “llenados” de sensaciones que son esencialmente de carácter privado o de naturaleza solitaria, aun cuando la fuente de placer es una actividad compartida como hacer el amor. Por otra parte, podemos dejarnos arrastrar por un torrente de placer, de tal modo que nada más allá de nuestro disfrute presente parecería importar. Incluso un caballero como Edward tiene que admitir que sus ansias por la compañía de Bella son esencialmente egoístas y motivadas por el deseo de un festín de belleza y fragancia, un banquete voluptuoso por el que está dispuesto a poner a su amada en peligro mortal⁴.

“Lo que yo sabía que era *correcto*... y lo que
quería”

La portada del primer libro de la saga *Crepúsculo* muestra unas manos extendidas que ahuecadas contienen una manzana roja brillante, trayendo a la mente otra conexión famosa entre lo alimenticio y lo amoroso que está profundamente arraigada en la conciencia occidental. La mayoría de nosotros conocemos la historia de la Caída de la Humanidad que se relata en el Génesis, el primer libro de la Biblia, que narra cómo el hombre y la mujer perdieron su inocencia infantil y original, y fueron

expulsados del paraíso por haber desobedecido el mandamiento divino de no comer el fruto del “árbol de la ciencia del bien y del mal” (Génesis 2: 17). La Biblia, por supuesto, nunca identifica

³ Ibíd, p. 274.

⁴ Ibíd, p. 266.

explícitamente la “fruta prohibida” como una manzana. Pero tal vez porque las manzanas tuvieron tanta importancia en la mitología griega como catalizadores del deseo y la discordia, alguien debió de suponer que una manzana también fue la causa más probable de la historia del Génesis, y la idea quedó arraigada⁵.

La Biblia tampoco implica directamente a la lujuria como un factor en la caída. Pero eso no disuadió a muchos de los primeros teólogos cristianos de insistir en que el “conocimiento del bien y del mal” impartido por el fruto prohibido tuvo algo que ver con el conocimiento carnal, una interpretación que podría ser coherente con el descubrimiento súbito de Adán y Eva de su desnudez al compartir la fruta⁶. En consecuencia, el deseo prohibido se ha asociado desde entonces con darle un buen mordisco a una manzana jugosa.

Cuando los teólogos cristianos medievales, como Tomás de Aquino (1224-1274), contemplaron esa manzana, creyeron que nos estaba alertando sobre los peligros de lo que llamaron *concupiscentia*, o “la concupiscencia”. Esa fue su palabra para el movimiento más natural y espontáneo del deseo hacia las

cosas placenteras, como la comida y el sexo. Por supuesto, no hay nada inherentemente malo acerca de estos objetos de deseo. De hecho, Tomás de Aquino insistía en que eran necesarios y buenos, pero –y esto es una calificación fundamental– sólo si los buscamos no exclusivamente por placer, sino más bien por los fines para los que él creía que Dios los había creado, tales como

⁵ Por ejemplo, cuando Paris de Troya juzgó un concurso de belleza entre tres diosas, Afrodita, Hera y Atenea, y declaró ganadora a Afrodita, le otorgó una manzana de oro. Las otras diosas fueron tan malas perdedoras que incitaron la guerra troyana provocando la destrucción de esa ciudad. Consideremos también la función de las manzanas en los mitos de Atalanta y el Jardín de las Hespérides.

⁶ Véase Elaine Pagels (1989), *Adam and Eve and the serpent: Sex and politics in early Christianity*, Nueva York, Vintage Books, pp. 27-28.

24

la nutrición de nuestro cuerpo y la reproducción de la especie. Autorizados a operar fuera de las restricciones de la conciencia y la razón, los deseos concupiscentes se convierten en caldo de cultivo de pecados como la lujuria y la gula. Tomás de Aquino había clasificado la concupiscencia como una forma de amor, pero la distinguía del afecto amistoso en el que el objeto de la concupiscencia “es amado, no como un bien que se puede recibir, sino como uno que se puede poseer”⁷. Nuestro deseo de comer es concupiscente, ya que estamos interesados sólo en los nutrientes y el goce que la comida puede darnos. Los deseos eróticos también son concupiscentes, ya que apuntan a nuestro propio placer.

Los deseos concupiscentes son potentes, agradables, y –en opinión de Tomás de Aquino y otros moralistas cristianos– cuando llegan a dominar la personalidad sólo ocasionan problemas. No sólo nos inclinan hacia formas inmoderadas y perjudiciales de la autoindulgencia, sino que cuando empezamos a ver a otras personas exclusivamente a través de la lente distorsiva de la concupiscencia, terminamos reduciéndolos a meros objetos para ser consumidos o disfrutados. Y así es como nos ven la mayoría de los vampiros fuera del clan Cullen. “Cajita Feliz con patas” es la descripción de los seres humanos que difundió Spike de *Buffy the Vampire Slayer*, otro vampiro con tendencia a las analogías gastronómicas. Para tener una imagen muy preocupante de cómo Tomás de Aquino podría haber imaginado la “concupiscencia con patas”, pura y desenfrenada, sólo necesitamos pensar en los vampiros recién nacidos que se describen en *Eclipse*. Son, como dice Edward, “sedientos de sangre, salvajes,

⁷ *La Summa Theologica de Santo Tomás de Aquino*, Vol. 1, traducción de The Fathers of the English Dominican Province, Paris, Christian Classics, 1981, p. 299. (Pt. 1, Q. 60, art. 3).

⁸ *Buffy the Vampire Slayer*, “Becoming (Parte 2)”, episodio 222. Serie conocida en castellano como *Buffy Cazavampiros*. [N. de la T.]

fuera de control”⁹. Si estos frenéticos y amorales apetitos fuera de control son aquello en lo que el deseo tiende a convertirse en cuanto se lo deja sin la supervisión de nuestra naturaleza más racional, entonces los hombres construiremos las murallas almenadas de la razón.

Edward se encontró tambaleando sobre esos muros una noche en el dormitorio de Bella. Ese mismo día había descubierto que tenía un potencial rival en Mike Newton, y los sentimientos de celos hicieron inflamar su deseo por Bella hasta el punto que entrar sin permiso y allanar su morada le parecía una idea razonablemente buena. Esa noche fue la primera de lo que luego serían sus habituales incursiones nocturnas en la habitación de Bella para espiar a su amada mientras ella dormía. Más tarde le explicó a Bella lo que pasaba por su cabeza aquella primera noche: “Yo luché toda la noche, mientras te miraba dormir, con el conflicto entre lo que yo sabía que era correcto, moral, ético, y lo que quería. Yo sabía que si seguía ignorándote como debía, o si me iba por unos cuantos años, hasta que te hubieras ido, algún día dirías que sí a Mike, o a alguien como él”¹⁰.

Todos sabemos que no es Mike Newton –o incluso alguien muy parecido a él– quien tendría el corazón de Bella si no hubiera aparecido Edward. Pero por muy equivocado que Edward pudiera haber estado acerca de su competidor, su lucha interna era desgarradoramente real. Tomás de Aquino, sin duda, la hubiera descrito como una batalla entre concupiscencia (“lo que yo quería”) y conciencia (“lo que yo sabía que era correcto”). El tremendo poder de la concupiscencia se demuestra por el hecho de que escuchar su nombre murmurado por Bella en su sueño

⁹ Meyer, Stephenie (2007), *Eclipse*, Nueva York, Little, Brown and Company, p. 26. Hay traducción al castellano: Meyer, Stephenie (2007), *Eclipse*, Buenos Aires, Alfaguara. [N. de la T.]

¹⁰ *Twilight*, p. 303.

era todo lo que necesitó para convencerse de dejar la conciencia de lado e ir por la manzana.

El vampiro Sócrates

Después de toda esta perorata sobre apetitos sin sentido que nos inducen a hacer cosas tontas y equivocadas, estamos listos por fin para conocer a Platón, uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, y reflexionar sobre el problema del deseo. Uno de los grandes temas recurrentes de la filosofía de Platón fue el fenómeno que los griegos llamaron *erôs*, una palabra con un significado que se superpone en cierta medida a la *concupiscentia* latina, pero que tiene una connotación aún más fuerte de irracionalidad. *Erôs* es la palabra griega para el deseo apasionado, por lo general, aunque no necesariamente, de naturaleza sexual, frecuentemente asociado con la locura. Por ejemplo, cuando el antiguo historiador griego Tucídides (460- 395 a. C.) describió la codicia por el imperio de ultramar que se apoderó de los ciudadanos de Atenas, cuando pusieron sus miras en la conquista de la isla de Sicilia, él se refirió a eso como su *erôs*, lo que sugiere que esta pasión excesiva había paralizado su juicio y llevado directamente a su desastrosa derrota a manos de los espartanos en la guerra del Peloponeso¹¹.

Podríamos comparar la temerosa expedición ateniense con otra –particularmente tonta– expresión del *erôs* que encontramos en la saga *Crepúsculo*: la obsesión de James por seguir y matar a Bella, que lo lleva a comportarse de manera temeraria y terminar en un juicio que acaba con él. En general, *erôs* se refiere a la pasión del amor o a la intensa lujuria carnal. Pero como

¹¹ Véase *The Landmark Thucydides: A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War*, Robert B. Strassler (ed.) y Richard Crawley (trad.), Nueva York, Touchstone Books, 1998, p. 373 (6.24.3).

aprendemos de los ejemplos de Edward, Bella, Jacob Black, Leah Clearwater, y otros residentes descontentos de Forks y La Push, incluso las formas aparentemente más benignas de *erôs* pueden pudrir la mente y causar estragos en las emociones.

No es de extrañar, entonces, que algunos pensadores griegos consideraran a *erôs* como una amenaza. Con la primacía que los filósofos daban a la razón y la reputación de *erôs* como fuerza de la irracionalidad, hubiéramos esperado que el filósofo Platón estuviese entre quienes nos advierten que no debemos dejar que *erôs* gane ni un mínimo punto de apoyo en nuestras almas. Sin embargo, *au contraire!* Platón, si bien nunca negó que *erôs* pudiera ser una forma de locura, sostenía el punto de vista sorprendente de que la locura no es necesariamente una cosa mala, incluso afirmando que “la más importante de todas las cosas buenas llega a nosotros a través de la locura, dado que la locura es siempre dada por Dios”¹².

Estas son las palabras que Platón atribuye a Sócrates (470-399 a. C.), un filósofo que para muchos mostraba algo más que un leve toque de locura, y que Platón presenta como interlocutor privilegiado (un compañero de conversaciones) en todos menos un puñado de los más de treinta diálogos filosóficos que se le atribuyen. En varios de estos diálogos –en particular, el *Fedro* y el *Banquete*– el amor / pasión es un tema principal de conversación, a pesar de que *erôs* surge como tema secundario en muchos otros lugares del corpus platónico, reflejando la convicción de Platón de que cualquier experiencia tan abrumadora y universal debe revelar algo fundamental acerca de la condición humana.

Platón parece haber recogido este interés por *erôs* de Sócrates, a quien citó en un diálogo como diciendo “no saber nada, salvo

¹²Plato (2003), *Fedro*, Stephen Scully (trad.), Newburyport, MA, Enfoque Filosófico Biblioteca, p. 24 (2444a).

28

las cosas del amor" (en griego, *ta erôtika*)¹³. La mayoría de los libros sobre filosofía antigua dicen que Sócrates fue el maestro de Platón o su mentor, pero de hecho su relación parece haberse basado en algo mucho más profundo, más misterioso, y quizás incluso más erótico. Estaría mucho más cerca de la verdad llamar a Sócrates *il suo cantante*, el cantante de Platón, en el mismo sentido con que los Volturi lo hacen cuando describen a Bella, para Edward, como la *tua cantante*¹⁴.

Porque las palabras de Sócrates le suenan a Platón –y no sólo a él– con el mismo acento apasionado con que la sangre de Bella le canta a Edward. No es que Platón y Sócrates durmieran juntos. No hay ninguna evidencia de que se hubieran acostado con alguno de los jóvenes que pululaban a su alrededor para escuchar sus discusiones filosóficas, por mucho que algunos de ellos pudieran haberlo deseado. En este sentido, parece haber sido tan casto como Edward antes de tomar sus votos nupciales. En cuanto a jóvenes admiradores de Sócrates, muchos de ellos deben haber sentido lo mismo que Bella, despertados del sopor de su existencia monótona por el encuentro con una figura deslumbrante y carismática que a muchos les parecía de otro mundo.

Uno de estos admiradores era el guapo y picaresco Alcibíades (450-404 a. C.) que, a pesar de ser el hombre más importante y deseable entre todos los de Atenas, estaba completamente enamorado de Sócrates. Platón describió cómo el pobre Alcibíades estaba tan fascinado por Sócrates que lo acusó de ser como el sátiro flautista Marsias, una criatura mítica cuya música, se decía, dejaba a sus oyentes embelesados. "Sólo te diferencias de él

¹³ *The Dialogues of Plato*, Vol. 2, *The Symposium (El Banquete)*, Allen (trad.), Nueva Haven, CT, Yale University Press, 1993, p. 117 (177d) (el subrayado es mío).

¹⁴ Véase Meyer, Stephenie (2006), *New Moon*, New York, Little, Brown and Company, p. 490. Hay traducción al castellano: Meyer, Stephenie (2007), *Luna nueva*, Buenos Aires, Alfaguara. [N. de la T.]

en esto”, dijo Alcibíades a Sócrates, “que logras lo mismo con palabras desnudas, sin instrumentos”¹⁵. Pero la comparación es apta para algo más que describir la forma en que la impresión causada por las palabras de Sócrates era semejante a los efectos del sátiro jugando con su legendaria flauta. Todos estuvieron de acuerdo en que la apariencia de Sócrates era notablemente, incluso de forma alarmante, como la del sátiro, que equivale a decir que parecía un viejo feo y rezongón. Con su baja estatura, torso corpulento, cuello grueso, ojos saltones, nariz chata, y la cabeza calva, ni siquiera el veneno del vampiro podría haber hecho mucho por su aspecto. Pero Sócrates, aun siendo feo por fuera, llenaba a sus devotos con *erôs* por la incomparable belleza de su alma.

Aunque careciera de la belleza externa y la gracia de vampiros como los Cullen, Sócrates, para muchos, parecía aun una sanguijuela. Incluso en el siglo XIX, el filósofo Søren Kierkegaard (1813-1855), que a través de los siglos escuchó el llamado de la flauta del viejo sátiro, escribió que Sócrates era para sus jóvenes admiradores como un vampiro “que había chupado la sangre del amante y mientras lo hacía le soplabla viento fresco, lo arrullaba en sus sueños y lo atormentaba con sueños inquietantes”¹⁶.

Pero que Sócrates fuera un diabólico vampiro sólo depende de a quién se le pregunte. Las familias de algunos de sus seguidores –o sus víctimas, si lo prefieren– veían con alarma cómo los miembros del grupo de seguidores de Sócrates expresaban su desprecio por cosas como el honor, el dinero y el poder político, de hecho, por cualquier otra cosa que no fuese la búsqueda de la sabiduría filosófica que Sócrates consideraba como lo único que

¹⁵ *Dialogues of Plato*, 161-162 (215c-d, 216c).

¹⁶ *The concept of irony / Schelling Lecture notes: Kierkegaard's writings*, Vol. 2, Howard V. Hong y Edna H. Hong (trad.), Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992, p. 49.

30

vale la pena. Pero eso es justamente lo que *erôs* hace a una persona. Todo lo que no esté asociado con el amado se desvanece en la insignificancia. Así como Bella, después de todo el tiempo pasado en la compañía de los inmortales, no puede evitar referirse a la fiesta de graduación de su escuela como “una cosa humana trillada” a pesar de lo que significaba para sus amigos humanos¹⁷; así también, los amantes de Sócrates tendieron a perder el aprecio por las cosas del mundo terrenal del que creían que Sócrates los había rescatado.

En la mente de la mayoría de los atenienses respetables, el extraño hechizo que el “vampiro” Sócrates había infligido a sus seguidores suponía la confirmación de que *erôs* es la locura.

Pero, al mismo tiempo, Platón estaba convencido de que Sócrates tenía razón al afirmar que algunas formas de la locura pueden ser divinas.

Corderos y los depredadores que los adoran

Platón compuso un diálogo titulado *Fedro*, en honor al joven con quien Sócrates mantuvo una larga conversación sobre el tema de *erôs*. Fedro acababa de leerle a Sócrates un discurso escrito por el famoso orador Lisias (445-380 a. C.), quien describía el enamoramiento como una terrible enfermedad que debilita el juicio y hace que aquellos que lo padezcan se comporten de una manera vergonzosa. El amante se siente necesitado, es controlador, puede ser herido fácilmente, es poco realista en su evaluación de los méritos de su amado, y propenso al resentimiento cuando el vínculo se rompe. Podríamos añadir que algunos amantes son capaces de entrar en la casa de la amada sin haber sido invitados, espiarla mientras duerme, leer las mentes de los amigos de la amada, hacerla prisionera, e incluso

¹⁷ *Twilight*, p. 496.

31

arrastrarla al baile de graduación en contra de su voluntad. De acuerdo con Lisias, dolores de cabeza y complicaciones son lo mejor que puede esperarse de una relación con alguien que te ama. En consecuencia, concluye que “los favores (sexuales) deberían concederse a alguien que no está enamorado de ti y no a quien lo esté”¹⁸. Conviene, entonces, adoptar un enfoque más racional en las relaciones íntimas y minimizar los riesgos emocionales encontrando “un compañero sexual” en lugar de algún loco peligroso que se haya enamorado de uno. El discurso de Lisias ha convencido a Fedro, pero Sócrates cree que es terrible, no sólo por su conclusión moralmente dudosa, sino también porque piensa que está muy mal escrito y con argumentados débiles. Después del agujoneo de Fedro, Sócrates acepta a regañadientes demostrar cómo se podría construir un mejor argumento –más claro, conciso y lógico–, componiendo un discurso ahí mismo, sobre el mismo tema del amor. El modo en que comienza nos resultará familiar, allí distingue dos fuerzas contendientes que moran dentro de cada ser humano, y cada una pugna por ser protagonista.

Una de ellas es nuestro deseo innato de placer, la otra la opinión adquirida que nos enseña que debemos buscar lo mejor. A veces las dos, en nuestro interior, están de acuerdo, otras veces se pelean. Entonces a veces una, a veces la otra, está al mando. Cuando la opinión correcta acorde con las normas de la razón es quien conduce hacia lo mejor, la llamamos moderación. Pero cuando el deseo irracional nos arrastra hacia el placer y nos gobierna, llamamos a esto exceso¹⁹.

El deseo irracional de los placeres por la comida es la gula, el deseo irracional por los vinos es la embriaguez, y el deseo irracional por ir a buscar un poco de belleza es el amor erótico. Y al

¹⁸ *Plato's Phaedrus*, 2 (227c).

¹⁹ *Ibíd.*, p. 16 (237d-238a).

32

igual que el glotón y el borracho, el amante se acerca al objeto de su deseo como algo a ser consumido y disfrutado, sin preocuparse de cómo puede estar dañando aquello que usa para su placer. ¿Eso nos suena conocido? ¿Qué nos parece? El amante se vuelve loco por su amada, concluye Sócrates, exactamente de la misma manera en que los “lobos adoran los corderos”²⁰.

Hemos oído todo esto antes: la concupiscencia y la conciencia, los depredadores y las presas, la analogía gastronómica.

¡Pobre difamado *erôs*! ¿No hay nadie que tenga algo bueno que decir acerca del enamoramiento salvaje y la ardiente pasión? Resulta que, después de todo, eso hace Sócrates. De pronto ha interrumpido su discurso por horror de su crimen contra los dioses –ha difamado a *erôs*, uno de los más grandes dones– y se lanza con un nuevo discurso. Retractándose de sus blasfemias, ofrece ahora un himno en elogio de *erôs*, alabándolo como una “locura divina” a través de la cual las almas de los enamorados despliegan las alas que los pueden llevar a las mayores alturas, hasta el cielo, morada de los dioses. Su discurso en alabanza de *erôs* es un *tour de force*, reconocido hoy como un clásico en la literatura del amor, tanto por sus metáforas memorables como por las graves ideas filosóficas que imparte. Su idea básica parece ser que cuando amamos *bien* –ya diremos algo más sobre esto–, algunos mortales pueden convertirse en una ventana por la que pueden entrar dimensiones superiores de la realidad, y brillar. Cuando vemos algún tonto enamorado cariñoso en su torpeza, criatura débil, imperfecta, prodigando sobre su amado

(ella o él) la adoración que sólo un dios merecería, podríamos creer que estamos asistiendo a un acto de locura.

Lo que no siempre podemos ver es que este amante puede vislumbrar algo más elevado que no ven nuestros ojos sensatos y sobrios, algo que es realmente amable de modo incondicional.

²⁰ Ibíd, p. 20 (241d).

“Otras hambres... que son ajenas a mí”

Nada de esto suena muy científico. Pero Sócrates podría responder que el amor es sólo una de esas experiencias desconcertantes que pueden resultar impenetrables para la razón científica. Eso no implica, obvio, que no podamos decir nada inteligente y significativo al respecto. Cuando los argumentos estériles y el análisis fallan, como tal vez suceda cuando estamos tratando con algo tan irracional como el amor, Sócrates recurre a la creación de mitos.

Él nos invita a imaginar el alma como un carro, conducido por un cochero y tirado por dos caballos alados, uno obediente y de buena conducta, el otro terco y rebelde. Antes de que adquiriésemos nuestros cuerpos físicos, nuestras almas habitaban en el cielo, donde “asistían al banquete” y se “alimentaban” –otra vez las analogías gastronómicas– con la indeciblemente maravillosa vista de la

absoluta perfección moral y espiritual, cuya apreciación sólo se vislumbra de un modo oscuro y sombrío aquí, en la Tierra²¹. Aquí abajo, en el reino físico, nos encontramos con muchas cosas que parecen estar luchando por la perfección pero que nunca la alcanzan. Por ejemplo, la *justicia* es una virtud realizada sólo imperfectamente en algunas de nuestras instituciones, la *moderación* es algo que estamos en condiciones de ejercer sólo ocasionalmente y de manera imperfecta, y el *conocimiento* de aquello que poseemos es posible sólo de un modo falible e imperfecto.

Sin embargo, debemos tener una idea de la perfección con el fin de ser capaces de reconocer estas múltiples formas de imperfección.

El mito de Sócrates sugiere que nuestra idea de la perfección es un vago recuerdo de nuestra existencia celestial, cuando podíamos contemplar y compartir el banquete con las

²¹ *Ibíd*, p. 28 (247 d-e)

formas ideales de la *justicia*, la *moderación*, el *conocimiento*, y otras realidades divinas que sólo tienen defectuosas semejanzas en la tierra. Estaríamos festejando en las visiones de la perfección de hoy si no fuera por una serie de contratiempos y errores graves que nos hicieron perder nuestras alas y caer en la Tierra, donde ahora estamos encarcelados en cuerpos orgánicos y engorrosos, forzados a confiar en sentidos defectuosos que nos distraen de nuestra memoria de la grandeza que alguna vez contemplamos.

Sócrates explica que en un mundo imperfecto como el nuestro, hay poco que podría servir como recordatorio del brillante espectáculo de esos seres perfectos que una vez nutrieron nuestras almas. Ni siquiera con los sentidos agudos de un vampiro estaríamos siquiera en condiciones de distinguir, aquí en este reino inferior, muchas de las huellas de la perfección, porque aquí en general sólo son visibles las cosas imperfectas. Como Sócrates señala, “aquí en la tierra no hay brillo en las márgenes de la justicia, la moderación y las otras cosas honorables para las almas”²². Sin el esplendor de sus perfectas contrapartes celestiales, las instancias imperfectas de la *justicia* y la *moderación* que nos encontramos aquí en la Tierra no tienen el poder de despertar los recuerdos de la profunda satisfacción y alegría que experimentábamos en el cielo. Entonces la alegría se olvida, a menos que, o hasta que, nos enamoramos. Pues hay una forma de perfección que brilla de un modo tal que incluso nuestros débiles sentidos mortales no pueden perder fácilmente: la *belleza*, sobre todo la belleza que brilla en una criatura deslumbrante cuya sola presencia es suficiente para inundar el alma con anhelos eróticos y románticos.

²² *Ibíd.*, p. 31 (250b)

En el cielo la vista de la *belleza* pura, contemplada en su puro resplandor electrificante, fue “el más bendito de los misterios” que contemplamos²³. Pero incluso después de haber caído en la tierra, “pudimos percibir su brillo más claramente a través de la claridad de nuestros sentidos, porque la vista es el más nítido de nuestros sentidos físicos”²⁴. Sócrates podía sostener esta última afirmación, porque la

vista bien puede ser el más agudo sentido para nosotros, seres humanos mortales; pero para los vampiros, el sentido del olfato es el más agudo. No es de sorprender, entonces, que los más poderosos anhelos de Edward fueron despertados por un aroma, en lugar de una visión de la perfección. Pero independientemente de si es una forma o un aroma hermoso, la belleza posee una habilidad única para recordarnos la alegría que está más allá de este mundo y por lo tanto más allá de meras satisfacciones carnales.

Pero como el alma es compleja –recordemos los dos caballos, uno dócil, el otro rebelde– nuestra reacción a lo que vemos (o lo que olemos, en el caso de Edward) de la belleza terrenal puede ser un nudo de sentimientos encontrados y torturados. Por un lado, el caballo dócil se ve limitado, por su sentido de la decencia, de abalanzarse de inmediato sobre esa hermosa criatura que se ve (o huele) como si fuese un pequeño pedazo de cielo. Pero el caballo rebelde no siente esas limitaciones.

Se vuelve loco y se sacude hacia adelante, arrastrando al otro caballo y al conductor del carro junto con él, obligándolos todo el tiempo a “recordar los placeres del sexo”. Sólo cuando “ven el rostro de la mujer amada, brillando como un relámpago”, refrescando la memoria de “la belleza misma de pie junto a la moderación en un pedestal sagrado”, las partes

²³ *Ibíd*, p. 31 (250B-c).

²⁴ *Ibíd*, (250d).

más ordenadas del alma encuentran la fuerza para contener la concupiscencia rampante de los caballos revoltosos²⁵. Como Sócrates lo describe, la batalla entre el caballo rebelde y las demás partes del alma puede ser prolongada y fea, pero si acaba con la bestia de mal comportamiento calmada, “el alma del amante sigue a la amada con temor y un sentimiento de vergüenza”²⁶.

Este extraño mito despliega uno de los fundamentales misterios del amor: cómo la reverencia por nuestra amada como símbolo de la perfección del otro mundo puede convivir con los más fragantes deseos carnales. Amar correctamente, según esto, es simplemente conseguir controlar al caballo indómito del deseo carnal para que no nos robe el don más precioso del amor, la apertura de una ventana a través de la cual contemplar o espiar, aunque fugazmente, la belleza trascendente. Edward experimenta esta tensión dentro del alma de primera mano. “Me gustaría que pudieras sentir la... complejidad... la confusión... que yo siento”, balbucea a Bella²⁷. “Yo te he mencionado, por un lado, el hambre –la sed– que la deplorable criatura que soy siente por ti. Y creo que puedes entenderla, hasta cierto punto. Pero... hay otras hambres. Apetitos que no entiendo, que son extraños para mí”²⁸.

La lujuria de la carne es el deseo de fiesta de los sentidos en los voluptuosos placeres que promete la hermosa carne del amado, la forma, y en algunos casos de fragancia. Sabemos exactamente lo que significaría saciar ese tipo de deseo. Pero la experiencia de Edward de otros apetitos más misteriosos apunta a otro festín más misterioso aún y a satisfacciones que nos

²⁵ *Ibíd*, pp. 35-36 (254a-b).

²⁶ *Ibíd*, p. 36 (254e).

²⁷ *Twilight*, p. 277.

²⁸ *Ibíd*, p. 277-278.

llegan por otros canales que los sentidos. El mito de Sócrates nos da un lenguaje para describir las satisfacciones –festines en el banquete celestial de las formas puras de la perfección moral y espiritual–, pero es un lenguaje poético y metafórico que no disipa el misterio de la experiencia del amor.

“Una noche sin luna”

Pero hay otro aspecto del mito de Sócrates que no debemos pasar por alto. Ese hervidero de lujuria que Sócrates describe como un caballo rebelde, es la misma cosa que en primer lugar ha despertado el alma para acercarse a la amada.

Sin ese revoltoso bribón llamado deseo concupiscente, nadie se acercaría lo suficiente a la belleza mortal como para detectar en ella indicios de algo superior. En consecuencia, nuestra vida sería como la de Edward antes de que consiguiera la primera bocanada de Bella: cuerda, sobria y estable.

Nuestra vida sería “como una noche sin luna” con pocos “puntos de luz y razón”, pero nunca un meteoro cruzando intermitentemente el cielo, deslumbrándonos y sacándonos de nuestra complacencia indiferente, y despertando nuestros anhelos más extraños²⁹.

Los moralistas tradicionales pueden estar en lo correcto cuando nos obligan a desconfiar de nuestros apetitos carnales, sobre todo si nuestros apetitos fuesen parecidos a los de Edward.

Pero el mito de Sócrates sugiere que deberíamos agradecer a nuestros apetitos. Sin duda, Edward se siente aliviado de ser capaz de reunir suficiente autocontrol como para resistirse a esa hambre “deplorable” que casi pisotea contra la tierra su buen criterio y su moral, aquel fatídico día en clase de biología.

Pero, habiendo derrotado a la bestia que quería consumir

²⁹ *New Moon*, p. 515.

38

a Bella allí mismo, quizás él siga todavía muy contento de que allí, en ese primer momento, llamara su atención aquella chica que olía tan bien que daban ganas de comérsela.

